

Educación y Cultura



Prof. FRANCISCO GALDAMES

El destino ha querido unir en la muerte a dos personalidades muy diferenciadas entre sí, durante su tránsito por este mundo. El fino poeta, periodista y novelista Manuel Rojas y el orgulloso talento de Benjamín Subercaseaux tuvieron, sin embargo, un denominador común que los distinguió entre sus muchas cualidades. Ambos fueron como aquel lobo solitario que "sufre y muere sin hablar", según la expresión del poema de Vigny. (La muerte del lobo).

Ninguno de los dos titanes de las letras chilenas y americanas supo nunca arrodillarse ante nadie y ante nada. Cultivaron su inteligencia como si se tratara de un jardín encantado, donde nadie que no fuera cada uno de ellos podía conocer. Manuel Rojas era parco e introvertido, cuando hablaba parecía que estaba escribiendo, silencioso, solo, aparentemente despreocupado del mundo que lo rodeaba. Subercaseaux, en cambio, pontificaba incisivamente, le gustaba herir susceptibilidades, era casi insolente en sus coloquios. No rehuía ningún tema que se le pusiera por delante.

"Hijo de Ladrón" se considera una de las obras cumbres de Manuel Rojas. Incluso se ha pensado que allí se encuentran trozos de su propia existencia vital. Pero Rojas era también poeta. "La Tonada del Transeúnte" representa su vena lírica de años mozos. Errante caballero de la aventura eterna, aprendió y dictó lecciones en Universidades y talleres literarios de varios países. En los últimos años de su vida se dedicó al periodismo, en una especie de retorno a las tareas que le apasionaron en su juventud. De sus artículos saldrá, sin lugar a dudas, un apasionante libro de viajes.

Subercaseaux se decidió por el ostracismo, al buscar y lograr que se le designara Cónsul Vitalicio de Chile. Esa calidad que aparece tan atrayente significa lisa y llanamente que un chileno no puede vivir nunca en su propia tierra. Cuando regresó de París, primera escala de su consulado, nos confidenció que se venía porque la renta de su cargo era ínfima y no daba como para vivir en grandes ciudades. Se radicó en Mendoza, por tiempo muy corto, al recordar que uno de sus mejores libros desconoce el valor del legendario José de San Martín. En este deambular descubrió Tacna, donde se sintió feliz.

Estos dos robles estoicos de la cultura cayeron el mismo día, aquejados ambos de una penosa enfermedad. Recibieron merecidamente el Premio Nacional de Literatura y prestigiaron en el mundo el valor de las letras chilenas.



Benjamín Subercaseaux



Manuel Rojas